

CAPITULO LXXXII.

El amor ciego y la envidia con ojos.

LA relacion que hizo Mendez á Diego Colon de su aventura, conmovió profundamente al jóven.

No eran para él desconocidos los personajes que habian tomado parte en ella.

Más de una vez habia tenido ocasion de encontrar en palacio á don Fernando de Toledo, y de admirar la incomparable belleza de su hija.

Diego era orgulloso sin ser vano.

Sentia en sus venas la sangre del gran hombre que le habia dado el sér, y naturalmente fijaba con predileccion sus ojos en todo lo distinguido, en todo lo noble, en todo lo elevado.

Aunque su corazon parecia muerto por el amor, su imaginacion, siempre inquieta, habia sostenido muy confidencialmente esta conversacion con su alma:

—¡Qué bella es esa jóven!

—Sus ojos revelan una pureza celestial.

—Obsérvala, y verás que no es posible hallar una hermosura más peregrina que la suya.

—Si la miro con gusto, es porque su alma se parece á la de María, porque tiene el mismo nombre que aquel ángel.

—¡Qué feliz hará al hombre que le inspire cariño!

Al oír esto se ponía el alma de mal humor.

La conversacion se repitió muchas veces.

La impresion que las palabras de la imaginacion producian en el alma del jóven, era cada dia más profunda.

Pero la desgracia, llenando de tristeza su pecho, amortiguó sus ilusiones.

Casi habia olvidado Diego á la noble hija de don Fernando de Toledo, cuando el relato de aquel evocó con más fuerza que nunca en su alma aquel dulcísimo recuerdo.

En aquellas circunstancias tenia que unirse á la admiracion la gratitud.

A pesar de las órdenes terminantes de los reyes para que se aprestase un buque y se diese su mando á Diego Mendez, á fin de que partiese en seguida á socorrer á los naufragos, los encargados de ejecutar este mandato oponian una resistencia pasiva, pero eficaz.

So pretexto de que no era posible detener el envío de víveres á la colonia, habia Soria despachado todas las embarcaciones de que disponia.

Por debajo de cuerda habia tratado con los dueños de buques para que á ningun precio quisieran confiárselos.

Esta guerra sorda interrumpia á cada instante los preparativos.

Al dia siguiente de la entrevista de Diego Mendez con don Fernando de Toledo, envió éste á su mayordomo á Palos.

Era uno de los puertos más florecientes, y hallaria embarcaciones disponibles.

El mayordomo tropezó en efecto con un hijo de Quintero, que poseía una excelente carabela, uno de los buques mercantes más veleros de aquel tiempo.

Don Fernando habia enviado á Palos á su mayordomo, porque sabia que todos los armadores de Sevilla y Cádiz habian negado sus buques al Consejo de Indias.

Tambien en Palos encontró la influencia de los enemigos del almirante.

Pero como los malos no pueden entenderse más que con los malos, resultó que Quintero, despues de negarse á alquilar su buque, oyó de mejor grado las proposiciones que le hicieron para comprárselo.

Valiéndose de la ocasion, obtuvo por la venta de la carabela el doble de lo que valia, y faltó á la palabra que habia dado al agente que le envió Soria para ponerle de su parte.

El mayordomo de don Fernando desempeñó tan acertadamente su mision, que á los ocho dias de salir de Sevilla llegó á Cádiz con un buque perfectamente preparado para la expedicion, un buen piloto y ocho marineros de los mejores del puerto de Palos.

El arribo de la embarcacion al puerto causó gran extrañeza.

Los amigos de Soria reconocieron en ella la carabela de Quintero, y se apresuraron á dar parte de su llegada al contador.

El asombro de éste fué igual á su indignacion.

Inmediatamente partió á Cádiz para informarse por sí propio de lo que pasaba.

Allí supo que aquella carabela habia sido adquirida por Diego Mendez, y que se proponia darse á la vela en cuanto hiciera todas las provisiones necesarias para el viaje.

Don Fernando habia hecho, en efecto, la compra del buque en nombre de Diego Mendez; pero éste no lo sabia cuando le llamó Soria.

El astuto agente de Fonseca le tendió un lazo, y gracias á su habilidad supo quién era la persona que habia pagado por Mendez la crecida suma que habia recibido Quintero.

Don Fernando de Toledo era un enemigo poderoso, y no atreviéndose á tomar resolucion alguna sin consultar con su jefe, envió un emisario al obispo.

Dos dias despues volvió de Córdoba el mensajero con un papel, en el que una letra muy conocida de Soria, decia:

«Apresuraos á ver á don Fernando de Toledo, dadle las gracias, ofrecedle la cantidad que ha adelantado para la adquisicion del buque, y procurad á toda costa que el capitán se quede en tierra.»

Soria se apresuró á cumplir la primera parte de aquellas instrucciones.

—Dad las gracias al obispo, le dijo don Fernando; pero al hacer lo que he hecho, no solo sirvo á mis reyes, prestando auxilio á uno de sus más leales servidores, sino que cumplo un deber de gratitud.

En estas palabras descubrió el contador una formal resolucion de proteger á Mendez.

Las apariencias estaban salvadas.

El Consejo de Indias habia quedado en buen lugar; pero importaba que la proteccion de don Fernando, que los deseos de Mendez fueran infructuosos, y Soria se apresuró á poner en planta los medios de ejecutar la segunda parte de las instrucciones que habia recibido.

El celoso agente de los enemigos del almirante ignoraba que don Diego debia acompañar á Mendez.

Este llegó á Sevilla solo, y trató directamente con Soria.

Cuando entró en Sevilla, le refirió el amigo de su padre la aventura en que habia sido héroe.

Al recuerdo dulcísimo que se despertó en su alma, sucedió una profunda tristeza. Mendez no le ocultó que los agentes del Consejo de Indias parecian resueltos á estorbar su partida, ó por lo ménos á aplazarla.

Durante los doce dias que trascurrieron desde que salió el mayordomo de don Fernando, hasta que en vista de su vuelta con la nave pidió Soria instrucciones y las recibió, solo una vez abandonó Diego su posada.

Era un domingo.

El jóven era muy cristiano, y salió de su albergue para ir á misa.

Mendez le acompañó.

Al mismo tiempo que llegaban los dos al pórtico principal de la catedral, bajaba de una silla de manos una dama de distinguido porte.

De la misma litera bajó una jóven encantadora.

—Mendez, Mendez, dijo la jóven, descubriendo al valiente soldado y llamándole.

Mendez reconoció á María, á la hija de su protector.

—¿Qué mandais? preguntó, acercándose respetuosamente á la jóven.

—Deseo que os conozca mi buena tia doña Leonor de Pimentel, esta ilustre dama que veis, dijo, señalando á la que habia bajado de la litera ántes que ella. Le he referido el señalado favor que os debo, y quiere conoceros.

—Decid más bien que la Providencia os ha elegido para ser el ángel tutelar de Cristóbal Colón. Sin vos perecería abandonado.

—¿Lo cree así su hijo? preguntó María con ingénuo amabilidad á Diego, que la contemplaba absorto.

Al ver que le conocia; que habia reparado en él, sintió Diego que sus mejillas se encendian.

Necesitaba responder á aquella pregunta y no sabia cómo, no podia articular una sola palabra.

Por fortuna doña Leonor de Pimentel terció en la conversacion, y celebró infinito conocer á un mismo tiempo al salvador de su sobrina y al hijo del hombre más glorioso de su época.

Las damas se dispusieron á entrar en el templo.

Los galanes se adelantaron para ofrecerles agua bendita.

Al tocar Diego la suave y perfumada mano de María, se estremeció.

La jóven le miró como deseosa de descubrirle un secreto, y temerosa al mismo tiempo de que lo descubriese.

Durante toda la misa estuvo Diego ensimismado.

Parecia revivir.

Las luces que ardian en el altar mayor, el canto de los sacerdotes, los acordes sublimes del órgano; todo le despertaba y al mismo tiempo le hacia soñar.

En medio de aquel éxtasis le pareció ver un ángel que, llegando hasta él, envuelto en una nube de incienso para ser invisible á los demas, pronunció en su oído estas palabras:

—María te manda que ames á su hermana.

Diego obedeció esta órden.

¡Era jóven, y tenia el corazon dormido, no muerto!

CAPITULO LXXXIII.

Una conspiracion tramada por un escudero y un mesonero.



Diego guardó en su alma como un dulce consuelo la impresion que habia recibido en el templo.

En aquella ocasion el sentimiento que María habia despertado en su alma tenia que ser un martirio para él.

Por una parte habia jurado no amar más que el recuerdo de la mujer que le habia inspirado el primer amor, y le horrorizaba la idea de faltar á este juramento.

Por otra, la situacion en que se hallaba su espíritu, la necesidad que tenia de abandonar cuanto ántes aquella tierra para correr en busca de su padre y prestarle los auxilios que necesitaba, le impelían á sofocar aquel sentimiento, que brotaba en su desierto corazon como la esperanza de un oasis.

¡Cuán inútiles son los juramentos que se hacen en la juventud bajo la influencia del desengaño!

«¡No amaré nunca!» dice el que acaba de ser despreciado por una mujer, el que ha descubierto en su alma una traicion, el que ha perdido para siempre un objeto adorado.

¡Nunca! Esta palabra no tiene fuerza en los labios del jóven. El tiempo, que abre abismos en el corazon de los viejos, cierra los que halla en el corazon de los jóvenes.

El sentimiento, tomando la apariencia de la razon, encuentra argumentos para vencer.

Diego los habia hallado en la voz misteriosa del ángel que le habia dicho que María de Toledo era la hermana, el alma misma de María de Alvarado.

—Sofocaré este sentimiento indigno de mí, se dijo el jóven. Muy en breve, gracias á la prodigalidad de su padre, podemos abandonar esta tierra y cruzaremos los mares en busca de los náufragos. La distancia y el deseo de llevar consuelo á los afligidos borrarán en mi alma esta impresion.

Aunque habló en este sentido á Diego Mendez, lo cierto es que la tarde del dia en que se habia hallado, al mismo tiempo que María, bajo las bóvedas de la catedral, abandonó su posada, y se dirigió maquinalmente hácia las verdes orillas del Guadalquivir, porque un presentimiento le decia que allí hallaria á aquella mujer que en tan poco tiempo habia abrasado su alma.

No se engañó.

La jóven llegó en una litera hasta la orilla del rio, bajó de la silla, y paseó con su tia doña Leonor, expresando con tímida mirada á Diego cuánto le agradecía que hubiera ido allí, porque con esa intuicion de las mujeres habia adivinado que lo hacia por ella.

Mientras Diego sufría las consecuencias de la lucha que sostenia su alma, y Mendez adivinaba aquel amor en el hijo de su jefe, los enemigos del almirante, viendo acercarse la hora de la partida del buque, combinaban los medios de que Mendez, con arreglo á las instrucciones que habia recibido Soria, se quedase en tierra.

El contador tenia un escudero muy ladino.

Era hombre de toda su confianza.

Breves indicaciones bastaron para ponerle al corriente del papel que deberia desempeñar, y despues de recibir una bolsa llena de oro de manos de su amo, se dirigió á la posada en donde se albergaban Diego y Mendez.

El posadero, cortado como todos los de su época, por el mismo patron, era un bribon de siete suelas

Cuando el escudero, á quien llamaremos Lope, llegó á la posada, hallábase aquel bajo el emparrado de la puerta sentado en un escaño, formado por una piedra berroqueña.

Los dos eran antiguos conocidos.

El mesonero se llamaba maese Rapiña, y permitía que le nombrasen con este apodo.

Esto basta para demostrar que era hombre de conciencia.

—Buenas tardes, maese Rapiña, dijo Lope.

—¿Qué te trae por aquí? preguntó el posadero.

—La ociosidad.

—¿Eso quiere decir que traes la bolsa repleta, y que quieres un jarro de lo añejo?

—Si te empeñas..... Pero te advierto que estoy decidido á perder sin jugar.

—Se ve á la legua que eres perro viejo, dijo el posadero.

—Los que tienen buena vista no lo extrañan.

—Vamos, déjate de melindres y desembucha.

—¿Tienes mucha gente en la posada?

—Sí tengo; pero no hay ninguna moza de rumbo. Hace ya tiempo que por temor á la justicia echo con viento fresco todos los picos pardos que se me presentan.

—Maese Rapiña, no vengo á rendir culto al amor.

—Entonces pregunta y te contestaré.

—¿Calculas cuánto puede haber en este bolsillo? añadió el escudero, sacando de la escarcela una bolsa de malla.

—Segun y conforme.

—Todas son monedas de plata labradas en Segovia.

—Entonces podrá haber mil ducados.

—Cuando yo digo que tienes buen ojo.

—Todavía son mejores las tragaderas.

—Pues para que pase esta bolsa de mis manos á las tuyas, es necesario que uno de los huéspedes que está muy próximo á embarcarse se quede en tierra.

—¿Ave María Purísima! exclamó el posadero, santiguándose. ¿Por quién me tomas?

—Tú lo has dicho: por un hombre que tiene buenas tragaderas.

—¿Y quieres que me trague á un huésped?

—Tú no; pero la tierra puede tragársele como á tantos otros.

—Explícate más claro.

—¿No se halla en tu casa hospedado un capitán que se llama Diego Mendez?

—Sí por cierto.

—Pues de ese se trata.

—¿De él solo?

—¿Pues de quién más habia de ser? preguntó Lope sorprendido.

—Como tiene un compañero....

—¿Un compañero? ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos dias. ¿Acaso lo ignorabas?

—No, dijo Lope para que no le pidiese el posadero aumento de salario por la noticia. ¿Puedes librarme de los dos?

—¿Y quién me asegura que no vendrá á visitarme la Santa Hermandad?

—¿No sabes á quien sirvo?

—Basta, exclamó maese Rapiña; ahora lo único que necesito es saber que esa bolsa no se quedará entre tus manos.

—Toma á cuenta dijo, sacando de ella unos cuantos ducados y entregándolos al posadero.

—De modo que tú lo que quieres es....

—Que no se embarquen.

—Y para que no se embarquen será preciso....

—Que se queden en tierra. . . . pero á mucha profundidad.
 —Bien está; yo me lavo las manos como Pilatos. Sobre tu conciencia lo dejo.

—Los huéspedes se proponen salir de aquí pasado mañana de madrugada, para estar en Cádiz á las nueve ó las diez.

—¿Me aseguras que dormirán mañana á la noche en mi casa?

—Si les das buena cena. . . . ¿Con que quedamos en que?.....

—En que eres el mismo diablo.

—Si lo crees así debes estar bien conmigo, porque cuando te mueras vas á ir derechito al infierno.

De esta manera terminó el diálogo entre el escudero de Soria y maese Rapiña.

Poco despues llegaron á la posada Diego y Mendez.

El posadero los vió entrar, y se dijo:

—¡Pobrecillos! Mañana á estas horas. . . .

Y no terminó la frase.

CAPITULO LXXXIV.

Lo que idea un posadero ante la perspectiva de una bolsa
 llena de oro.



MAESE Rapiña pasó la noche ideando el medio de ganar honradamente la bolsa que le habian ofrecido.

Si el ingénio no le ayudaba, tenia que valerse de segunda persona, y la idea de tener que partir con alguno el dinero, no le hacia ninguna gracia.

Por más que tuvo toda la noche en prensa la imaginacion, no encontró medio alguno, porque lo más sencillo, que era entrar en su cuarto cuando estuvieran durmiendo, y darles pasaporte para el otro mundo, podia tener fatales consecuencias para su reputacion de mesonero honrado.

La casualidad vino al dia siguiente en su ayuda.

En las primeras horas de la mañana llegó á la puerta del meson un hidalgo portugués con cuatro criados.

Maese Rapiña no tardó en saber que el lusitano era todo un personaje.

Gobernador de una de las posesiones que los marinos portugueses habian conquistado en Africa, volvía á su patria con inmensas riquezas, y queria ostentar su magnificencia en las capitales de España, en donde tenia que hacer escala ántes de llegar á su país.

Al ver que se entraba tanta fortuna por su casa, agotó maese Rapiña todo el repertorio de su galantería, y hospedó

al extranjero en la mejor habitacion de su meson, proponiéndose tratarle á cuerpo de rey.

Aquel hidalgo debia ser el instrumento de sus planes.

Por la tarde pidió permiso para hablar con él, y cuando se lo otorgó:

—Vuesa señoría, le dijo, me perdonará que sea entrometido; pero no hago más que cumplir con mi deber. Me han dado un encargo, y lo desempeño.

—¿Qué quiere el posadero? preguntó el finchado huésped.

—No léjos de este sitio vive una dama muy principal, que ha tenido la suerte de veros al llegar á mi posada; no sé si curiosa ó interesadamente, que todo pudiera ser, acaba de mandarme un recado confidencial con su dueña para suplicaros que os digneis deteneros esta noche en la reja de su casa, porque, segun ha dicho, tiene un hermano al servicio del rey de Portugal, y desea, si vos le conoceis, tener noticias suyas por vuestro conducto. Esto es lo que me ha dicho la dueña, y aun cuando yo adivine el proyecto de su empeño amoroso, que no me maravilla, porque vuesa señoría parece formado para enamorar á las damas, he creido deber transmitir os su ruego.

El portugués pavoneándose:

—No seria la primera deidad que he rendido, exclamó. ¿Dónde vive esa dama?

—Su casa da á dos calles; pero desea veros por la ventana próxima al postigo. Si vuesa merced no lo lleva á mal, yo os guiaré hasta allí.

—¿A qué hora?

—A las ánimas; pero no estará demas que acompañen á vuesa merced los criados que ha traído con linternas y bien armados.

—Yo me sobro y me basto.

Es que si saben que acabais de llegar de Africa, supondrán que traéis mucho dinero, y no faltarán malhechores que os acechen.

El portugués creyó de buena fe la patraña del posadero y se prestó á acudir á la cita de aquella mujer cuitada á quien podia sacar de penas.

La mujer existia en efecto; pero no tenia nada de enamorada ni de ilustre.

Era una barragana á quien maese Rapiña indicó el papel que deberia desempeñar, ofreciéndole en cambio una exígua retribucion.

Poco despues vió á Mendez y á Diego, que se disponian á partir, á quienes suplicó encarecidamente que volbiesen aquella noche á las ánimas, porque ya que era la última que debian pasar en su compañía, queria darles una espléndida cena.

En aquel tiempo, cuando no habia luna, las calles parecian bocas de lobo, y la en que estaba la posada mas aún, por ser estrecha y de elevada altura los edificios que la formaban.

Al dar la primera campanada de las ánimas, el hidalgo, embozado en su tabardo, y seguido de los cuatro criados, salia con el posadero, que entretuvo el camino hasta que oyó á lo léjos pasos.

Cuando se apercibió de que sus dos víctimas eran los que venian:

—¡Deteneos! dijo al hidalgo de pronto.

—¿Qué ocurre?

—¿No oís pasos?

—Sí por cierto; pero ¿qué importa?

—Son dos famosos bandidos que os esperan. Yo los conozco bien, porque siempre que saben que tengo algun huésped rico, hacen lo que esta noche: le acechan para robarle, y si se resiste, le asesinan.

El portugués retrocedió dos pasos.

—Haced que vuestros criados vayan á su encuentro, los provoquen y los maten. Si tal sucede, cuando se sepa que habeis librado á Sevilla de esos dos malhechores, os recibirán en todas partes en triunfo.

Halagado por esta última idea, dió el portugués órdenes á sus servidores de que se adelantasen y arremetiesen con aquellos dos hombres que se acercaban, y desenvainando á su vez la espada, en vez de avanzar, retrocedió con el posadero.

Los criados, obedientes y en mayor número que los dos embozados:

—¡Alto ahí! dijeron al acercarse á Diego y á Mendez. ¡Por aquí no se pasa!

Y al decir esto desenvainaron las espadas.

Sorprendidos los dos amigos, dieron un paso atrás, y pensando instantáneamente que aquellos hombres habian sido apostados para matarlos, porque veian con disgusto su próximo viaje:

—Son emisarios de nuestros enemigos, dijo Mendez, á ellos, y que perezcan á nuestras manos.

Los aceros se cruzaron, y al oír el ruido que produjeron, corrieron á refugiarse en la posada el valiente portugués y maese Rapiña.

Al empuje de Diego Mendez y Diego Colon, retrocedieron los criados.

Uno de ellos cayó exánime en tierra.

Otro huyó perseguido por Mendez, y Diego quedó luchando con dos.

Uno de ellos le alcanzó con una estocada, y cuando á las voces y al ruido de las espadas acudió gente, y poco despues la justicia, fué hallado en tierra.

El herido fué conducido á la posada, y la Santa Herman-

dad hizo investigaciones para saber la causa de aquella pendencia.

El portugués habló; pero para defender á sus criados dijo que yendo tranquilamente á pasear, aquellos dos hombres habian acometido á sus servidores.

La primera disposicion de la autoridad fué llevar preso á Mendez.

Pero al buscarle, se vió que habia desaparecido.

En efecto: en ménos tiempo del que se necesitaba para contarle, observó á Diego, vió que su herida no era de gravedad, que el desmayo habia sido producido por la pérdida de la sangre; oyó la conversacion de la justicia, y comprendiendo que necesitaba estar en libertad, se escabulló entre los alguaciles y cuadrilleros, y corrió á casa de don Fernando de Alvarado á comunicarle lo que pasaba.

—Partid inmediatamente, le dijo don Fernando. Un escudero os acompañará á caballo. Embarcaos, y no tardeis en ir á desempeñar la noble mision que os proponéis llevar á cabo. Yo me encargaré de cuidar al herido.

Poco despues puso en práctica Diego Mendez este consejo; don Fernando de Toledo se dirigió á la posada, en donde aún estaba la justicia buscando á Mendez, y presentándose al alcalde:

—Yo respondo, le dijo, del hombre á quien buscais; y en cuanto al herido, queda aquí bajo mi proteccion. Id inmediatamente á buscar un médico.

En cuanto se dió á conocer don Fernando, fueron acatadas sus órdenes; el Galeno no tardó en llegar, y declaró que la herida no era grave.

Despues de vendar á Diego, fué puesto en unas parihuelas y conducido cuidadosamente al palacio de don Fernando de Toledo.

Gracias á esto pudo al dia siguiente, muy temprano, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Monteagudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colon.

CAPITULO LXXXV.

Salvacion de los náufragos.

EN medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un selañado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido à sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla, y aquella victoria habian dado tregua à las contínuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podian inficionar á éstos: su reunion podia ser origen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podia inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomarla revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.